

Historia de las prácticas de lectura y escritura: fronteras, enfoques, y perspectivas



VIRGINIA CUESTA

Universidad Nacional de La Plata

DIEGO LABRA

Universidad Nacional de La Plata

JAVIER PLANAS

Universidad Nacional de La Plata

RESUMEN

La lectura como práctica es un objeto complejo que en los últimos quince años ha demandado atención desde diversas disciplinas en nuestro país. Por ello el objetivo de la mesa de discusión fue presentar un panorama comprensivo sobre su estudio, desde la historia del libro y las bibliotecas hasta la sociología de la lectura, deteniéndonos en la discusión que aporta elementos al análisis de los procesos de alfabetización en sentido amplio.

PALABRAS CLAVE

Lectura, historia, panorama, bibliotecas, prácticas de lectura y escritura.

INTRODUCCIÓN

¿Qué es la lectura? ¿Qué significa leer y/o escribir en nuestra sociedad? Estas preguntas parecen sencillas en cuanto a su enunciación pero no a su respuesta. Siguiendo a Pierre Bourdieu y Roger Chartier (Silva, 2003), el primero sociólogo y el segundo historiador de la lectura, entendemos las prácticas de lectura y de escritura como prácticas sociales y culturales. A lo largo de la Historia, estas prácticas no fueron ni masivas ni se dieron juntas, es más, el fenómeno de la lecto-escritura, término discutible, es bien moderno y nace con los sistemas educativos estatales a fines del siglo XIX (Rockwell, 2005). Actualmente, la mayoría de las sociedades son letradas y en ellas hombres y mujeres, jóvenes, adolescentes, niños y niñas, experimentan un continuo estímulo oral-escrito para desarrollar una amplia variedad de tareas, desde las domésticas hasta las académicas y profesionales. Asimismo, estudios sobre sociología de la lectura y la historia de la educación (Chartier, A-M. 2004; Griswold et al, 2005) indican que el uso de las nuevas tecnologías ha traído consigo nuevos modos de leer y escribir que es necesario investigar para conocer qué prácticas de lectura y escritura propician.

De este modo, las prácticas de lectura y de escritura a las que un maestro, profesor en formación o en ejercicio, o un bibliotecario se enfrentan en el cotidiano escolar y en otros ámbitos de socialización llevan un trabajo de reflexión, de recategorización, de conocimiento de los géneros y sus reglas, de usos y funciones atribuidos a las lecturas, de deconstrucción discursiva sobre las distintas concepciones en torno a la lectura, que ameritan discusión. Es por ello que la mesa de trabajo tuvo como propósito reflexionar teóricamente y analizar prácticas de lectura y escritura reales, posibles y deseables, en un amplio sentido, esperando con ello dar un paso a favor de la revisión y mejora en la construcción y puesta en juego de los conocimientos y sentidos ligados a las prácticas de lectura y de escritura.

Esta mesa fue organizada en tres ejes de trabajo que se relacionan con nuestras preocupaciones como docentes-investigadores de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata. En primer lugar, desde la docencia en materia de historia de la lectura y de didáctica de la historia y la literatura, expusimos a discusión cuáles son los aportes del enfoque sociocultural sobre las prácticas de lectura para pensar y re-pensar aspectos generales ligados a la lectura específicamente en el medio escolar. El segundo eje se centró en la presentación del campo disciplinar argentino sobre histo-

ria de la lectura, sus muy jóvenes comienzos, sus perspectivas, aportes y características. El tercero, desde una perspectiva bibliotecológica, propuso un concepto de biblioteca popular como espacio material y simbólico.

APORTES DE LA HISTORIA DE LA LECTURA A LOS ESTUDIOS SOBRE PRÁCTICAS DE LECTURA EN EL COTIDIANO ESCOLAR

La historia de la lectura o de las lecturas (Chartier, R. 1994; Lyons, 2012) surge de los desarrollos propios de la historia del libro y de las bibliotecas y la sociología de los textos y de la lectura a mediados de los años 80. Es primeramente en Francia donde estos diálogos son más fructíferos, e historiadores y sociólogos recogen los aportes de sus pares norteamericanos e ingleses para discutir miradas mecanicistas, a-históricas y esencialistas sobre la lectura. Por un lado, la historia del libro había podido resolver las preguntas referidas a ¿cuántos libros?, ¿qué libros?, ¿dónde se producen y venden?, ¿quién los compra? Pero un manto de suspicacia caía sobre la idea de que libro poseído significara libro leído y de que los materiales de lectura fuesen solo libros y de circulación legal. Por ende, se desprende una continuidad lógica de estos primeros trabajos hacia la historia de la lectura y a la puesta en foco de las siguientes preguntas: ¿cómo lee un lector un texto?, ¿por qué y para qué lo hace?, ¿qué valor y/o uso le da a esa/s lectura/s? Asimismo, la bibliografía analítica o sociología de los textos (Mckenzie, 2005) traía consigo a la discusión la importancia de las características materiales de los textos, puesto que estas proveen información al lector y lo guían o confunden en su lectura. La calidad del papel, el diseño de página, la tipografía, los signos tipográficos, brindan información sobre las transformaciones de las prácticas de lectura y sus características a través del tiempo. Para completar este cuadro, las discusiones, avances y aportes de las investigaciones en historia de la lectura van a traccionar fuertemente en la historia de los sistemas escolares (Chartier, y Hébrard, 1994; Chartier, 2004) y en la sociología de la lectura (Bahloul, 2002; Lahire, 2004) cuestionando los conceptos de analfabetismo, lecto-escritura y no lectores, entre otros. El estudio de las prácticas de lectura a través del tiempo no solo da cuenta de su variabilidad, sino de las creencias construidas sobre la lectura desde los sistemas escolares, las academias y los medios de comunicación, que en la mayoría de los casos culminan siendo reductoras del fenómeno de la lectura y los accesos al mundo de lo escrito.

Durante los años 90 del siglo XX y desde principios de este siglo la historia de la lectura ha sabido construir un nuevo marco teórico para inves-

tigar y estudiar las prácticas de lectura (Chartier, R., 1992; Darnton, 1993) que ha repercutido en el estudio de las prácticas de lectura en el cotidiano escolar tanto en nuestro país como en nuestra región (Rockwell, 2005; Cuesta, C. 2006, Jung, 2007; Cuesta, V., 2012; Sawaya y Cuesta, C., 2016).

A continuación sintetizamos estos aportes teóricos, que resultarán para algunos muy bien conocidos y para otros no tanto, puesto que su impacto en las perspectivas didácticas que abordan la lectura como práctica cultural en el cotidiano escolar son más recientes que los desarrollos propios de la historia de la lectura.

Para este enfoque las prácticas de lectura son socioculturales porque tienen historicidad y se inscriben en contextos específicos y asumen sentidos diferenciados según sus modalidades, usos y funciones. No siempre se enseñó a leer y a escribir de la misma manera, ni tampoco los sistemas escolares se arrogan por completo y en forma universal la tarea de la alfabetización. Para la historia de la lectura existen -y esta los estudia- «múltiples accesos a la alfabetización» (Rockwell, 2000), como también una gran interacción entre la cultura oral, manuscrita e impresa.

Con el término *apropiación* el enfoque se refiere al modo o los modos en que un lector o una *comunidad de lectores* hacen suyo un texto, lo navegan, lo interpretan, le dan sentido o lo resisten. La apropiación variará por diferentes razones individuales, colectivas, contextuales. Dependerá a su vez de las *maneras de leer*, los gestos, la posición de los cuerpos, la actividad lectora: en voz alta o en silencio, y de las prácticas ligadas a esta. Los historiadores de la lectura han estudiado gran diversidad de prácticas de lectura, unas ligadas al memorismo y la recitación, otras al ocio, otras al conocimiento de lo prohibido, a la auto-superación, a las prácticas profesionales y a la escolaridad, sólo para citar algunos ejemplos.

La *materialidad de los textos*: tomando los aportes de la bibliografía analítica y sociología de los textos, los historiadores de la lectura han puntualizado cómo las características materiales de los textos, calidad del papel, de la impresión, tipografía, diseño gráfico, cantidad, brindan información no solo sobre sus destinatarios sino sobre las prácticas de lectura. Este aspecto es de suma importancia para el estudio de las prácticas escolares de lectura (Rockwell, 2005; Cuesta, 2012).

Las prácticas de lectura también cobran fisonomía según las creencias y discursos sobre la lectura. ¿Qué es leer? Es una pregunta muy curiosa puesto que para las grandes mayorías leer no sería apropiarse de un texto, sino reproducir un contenido literal, decodificar, o leer lo que el discurso oficial o la crítica indica que se debe leer en lo que considera un buen material de lectura. A lo largo del tiempo estas creencias y dis-

cursos sobre las lecturas han variado y han sostenido enfrentamientos entre distintas posturas y posiciones. ¿Cómo controlar la fiebre lectora de las mujeres que se encierran a leer malas lecturas pervirtiendo su ser y abstrayéndose de las tareas hogareñas?; se preguntan intelectuales y funcionarios que registran estos fenómenos especialmente en Europa y Norteamérica, entre fines del XVIII y fines del XIX. ¿Cómo considerar a las personas que según las encuestas de lectura desde los años 50, y a pesar de sus titulaciones académicas, ya no leen? ¿Realmente no leen y sólo ven la tele? ¿O el problema es la creencia de que leer significa solo leer libros completos, especialmente los aceptados como válidos según el canon escolar? Si un niño de primaria en un ejercicio de lectura no responde en forma literal y desvía los sentidos trayendo su mundo de significados al texto, acaso ¿no lee?, ¿no sabe leer?, ¿no interpreta?

APORTES, PERSPECTIVAS Y CARACTERÍSTICAS DE LA JOVEN HISTORIA DE LA LECTURA EN EL SIGLO XIX EN ARGENTINA

Hace poco más de diez años, Alejandro Parada (2005) podía escribir con justicia que, si bien la historia de la lectura estaba ganando fuerza en nuestro país, el camino recorrido era muy poco aún (p. 9). En los plazos de la disciplina, esta nueva corriente era un fenómeno reciente dentro de la historiografía, más si se tiene en cuenta los inflados tiempos que dilatan el arribo de textos europeos y norteamericanos a las manos de los académicos locales (traducción, negociación de derechos de edición internacional, etc.). No estamos afirmando la inexistencia de desarrollos autóctonos dentro del estudio de los impresos antes de la llegada de las traducciones de Chartier y Darnton, de Ginzburg y de Benedict Anderson. Pero antes del éxito de esta bibliografía en los círculos académicos argentinos la teoría y metodología del tratamiento de las fuentes impresas era dispersa cuanto menos, y el problema de la lectura solo había aparecido en la avanzada de los estudios literarios, introducida por Wolfgang Iser y Hans Jauss vía Beatriz Sarlo y sus contemporáneos, como una arista más de la valoración de textos literarios.

Luego de la labor fundacional de Antonio Zinny y otros bibliófilos y coleccionistas en el siglo XIX, un primer momento bibliográfico lo encontramos hacia la década del cuarenta, cuando son publicados clásicos de la historia del libro local como *El fundador de la biblioteca pública de Buenos Aires* de Ricardo Levene (1938), *El libro, la imprenta y el periodismo en América durante la dominación española* de José Torre Revello (1940), *Bibliotecas argentinas durante la dominación hispánica* de Guillermo Furlong Cardiff

(1944), y *Los libros del conquistador* de Irving A. Leonard, publicado en inglés en 1949 y en español en 1953. Por su riqueza heurística, entre estas obras se destacan *Libreros, editores e impresores de Buenos Aires. Esbozo para una historia del libro argentino* de Domingo Buonocore (1947) y *La ciudad y los libros. Excursión bibliográfica al pasado porteño* de Rafael Alberto Arrieta (1955). Si bien largamente obsoletos en lo metodológico y analítico, y aquejados con serios sesgos políticos en sus evaluaciones historiográficas, estos libros mantienen vigencia por la pura cantidad de datos y anécdotas con la que pintan el mundo impreso porteño del siglo XIX.

Hacia la década del ochenta, la citada Beatriz Sarlo y sus compañeros de la revista *Punto de Vista* renovaron la discusión sobre la lectura desde una perspectiva sociológica, aunque la discusión fue restringida mayormente al campo de las Letras. Este panorama comenzaría a cambiar con el cambio de siglo. La interdisciplinariedad innata de estas cuestiones se hizo evidente mediante el interés despertado en diferentes departamentos de las ciencias sociales, y por consiguiente los aportes llegaron desde varios flancos.

Entre los autores del nuevo siglo, la obra más robusta es aquella de Alejandro Parada. Escribiendo sobre el mundo del libro decimonónico argentino por más de quince años, ha publicado entre otros *El orden y la memoria en la librería Duportail hermanos: Un catálogo porteño de 1829* (2005), *Los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires. Antecedentes, prácticas, gestión y pensamiento bibliotecario durante la Revolución de Mayo (1810-1826)* (2009) y *El dédalo y su ovillo: Ensayos sobre la palpitante cultura impresa en la Argentina* (2012).

Pero en donde más se acerca este autor a la historia de la lectura es en *Cuando los lectores nos susurran. Libros, lecturas, bibliotecas, sociedad y prácticas editoriales en la Argentina* (2007). Antes una colección de artículos que un estudio único, el libro de Parada se encarga en cada capítulo de echar un poco de luz al mundo de los lectores argentinos desde los comienzos de la andadura independiente hasta bien entrado el siglo XX. El autor se abstiene de esquematizar a sus sujetos de análisis, prefiriendo pintar una imagen más compleja. En el siglo XIX, nos dice, «...los porteños eran lectores que participan de dos mundos. En sus lecturas convivieron la tradición y el cambio, lo conservador y lo revolucionario, la continuidad y la innovación, en una dinámica y rica relación» (Parada, 2007, p. 57).

Claro deudor de Chartier, Parada importa al panorama argentino una mirada tipográfica sobre los objetos impresos, que reza que “el libro antes de ser un bien espiritual y cultural es, ante todo, una mercancía”. Después de todo “la economía regula al libro aún antes que la lectura

misma” (p. 88). Es por ello que marca el rumbo para futuras investigaciones en su arenga por la «necesidad» de estudiar la «literatura menuda», refiriéndose a proclamas, anuncios oficiales, propaganda y hojas sueltas, ya que «la heterogénea variedad de documentos influyó y atravesó diagonalmente a la mayoría de los sectores sociales, creando así un conjunto de apropiaciones impresas comunes a todos» (p. 72).

La mayoría de las investigaciones nacen desde los estudios literarios, particularmente predispuestos a la seducción de la historia de la lectura por la proximidad a los objetos de análisis. Además, parte de la tradición ya mencionada de trabajo sobre literatura con preocupación sociológica por el público en que se inscriben también Susana Zanetti y Adolfo Prieto. Un mojón de esta nueva generación de investigaciones puede encontrarse en la publicación de la *Historia Crítica de la Literatura Argentina* dirigida en forma general por Noé Jitrik y publicada durante las últimas dos décadas. Allí se encuentran reunidos los gérmenes de las producciones académicas que moldearían el campo como lo conocemos hoy, incluyendo capítulos de Graciela Batticuore, Claudia Román, Alejandra Laera, Fabio Espósito, etc.

Graciela Batticuore (2005) introduce las cuestiones de género en el análisis de la lectura, siguiendo el camino comenzado por Nora Catelli y Francine Masiello. Utilizando las herramientas puestas a su disposición, rastrea un tipo particular de lector, la mujer lectora. *La mujer romántica: Lectoras, autoras y escritores en la Argentina: 1830-1870* ha sido de gran influencia en el campo de los estudios sobre libros y publicaciones periódicas, aunque la mayor parte del estudio se dedica más a tratar la figura de la mujer como autor que como lector.

Esta línea es continuada y ampliada en el que probablemente sea el trabajo más acabado de historia de la lectura en Buenos Aires hasta el momento, la tesis doctoral de Hernán Pas (2010) llamada *Literatura, prensa periódica y público lector en los procesos de nacionalización de la cultura en Argentina y en Chile (1828-1863)*. Como el título lo indica, el trabajo explora el papel de la prensa en el surgimiento de literaturas nacionales a ambos lados de la Cordillera, así como el rol que ambos tipos de producción escrita tuvieron en la configuración de las identidades nacionales de los respectivos países. Pas, quien también resalta en tono crítico la dispersión de la producción argentina sobre publicaciones periódicas y públicos lectores, ensaya un estudio de largo aliento con una complejidad apreciable incluso al nivel de tesis doctoral. Como paliativo a las peores tendencias disociativas de la historia conceptual el autor rescata la noción de «*print capitalism*» de Benedict Anderson, así como los re-

sultados de la historia de las sociabilidades desarrollada también en la última década: el importante trabajo realizado por Juan Poblete (2000) para el caso chileno, e incluso algo de la tradición de crítica metodológica elaborada por la escuela francesa de Chartier.

Pas empuja la investigación hacia una mayor complejidad, reconociendo que el lidiar con el público como dimensión analítica durante las décadas centrales del siglo XIX implica estar consciente de diferentes niveles del mismo:

Si las empresas editoriales de las élites letradas se apoyaban en la figura de una opinión como modo de validación pública, otorgar a esa figura las modulaciones que la propia élite bosquejaba resulta, por lo menos, un gesto restrictivo a la hora de evaluar los alcances probables de su prédica pública. Si Alberdi se quejaba –siguiendo de cerca a Larra– de que escribir en Buenos Aires era “predicar en el desierto”, lo que esa queja permite vislumbrar, en todo caso, no es exactamente la carencia de un público sino la carencia de un público *específico*: aquel a quien *La Moda* destinaba sus diatribas. Por lo tanto, la reconfiguración de lo público es un ejercicio imprescindible para la generación de escritores preocupados por asentar las bases de un incipiente mercado editorial. (2010, p. 21).

Cuando se habla de «público», entonces, no se está hablando de un sujeto unívoco, sino de una tensión discursiva entre el público real, mayormente ausente, y en muchos sentidos clausurado al análisis crítico, y un «público deseado», que no es otro que la imagen especular de los lectores idealizados por editores y redactores que es volcada implícitamente en toda producción.

El interés por la materialidad y la circulación de los impresos eventualmente decantó en la fundación de una historia de la edición. Teniendo como antecedente el trabajo del también editor Leandro de Sagastizábal (1995, 2002), el puntapié inicial lo da *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000* (2006), compilación dirigida por José Luis De Diego. Alejándose de los problemas de la historia de la lectura, pero siempre mirándola de reojo, intenta explicar el desarrollo editorial en el país desde el arribo a su forma definitivamente moderna de distribución libre hasta la actualidad. Sus aportes son recíprocamente importantes para el problema de la lectura en el pasado, ayudando a establecer los límites cronológicos del mercado moderno del impreso en la Argentina y cuáles son sus características, principalmente su independencia y distribución libre apoyados en un mercado de lectores que lo permita.

Otros intereses literarios guiaron las investigaciones hacia circuitos de circulación de impresos más populares, y afines a nuestra investigación. Sandra Szir (2010) introduce el análisis crítico de las imágenes en las publicaciones periódicas del siglo XIX. También ha comenzado a ser explorada la relación entre literatura y publicaciones de corte más popular en libros como *El tiempo vacío de la ficción. Las novelas argentinas de Eduardo Gutiérrez y Eugenio Cambaceres* de Alejandra Laera (2004), *La emergencia de la novela en Argentina. La prensa, la ciudad y los lectores (1880-1890)* de Fabio Espósito (2009), y sobre todo, *Como crecen los hongos. La novela argentina entre 1838 y 1872* de Hebe Molina (2011), a quien destacamos por adentrarse en los «suburbios de la ciudad letrada» (p. 18) y develar la riqueza que se esconde en los márgenes de los cánones estéticos predominantes en cualquier época. Existen otros trabajos que encaran la arista de la prensa periódica, destacándose entre ellos *Prensa, política y cultura visual. El Mosquito (Buenos Aires, 1863-1893)* de Claudia Román (2017), *El discurso periodístico de las primeras revistas ilustradas rioplatenses* de Eduardo Romano (2004), quien se concentra en los periódicos y revistas de Buenos Aires y Montevideo hacia finales del siglo XIX, y *Literatura y periodismo 1830-1861. Tensiones e interpenetraciones en la conformación de la literatura argentina*, la tesis doctoral que Andrea Bocco (2004) realizó en la Universidad de Córdoba.

Ya en los «suburbios de la ciudad letrada», los estudios literarios del género gauchesco se han caracterizado por realizar un trabajo intensivo sobre los aspectos sociológicos de la lectura de los folletines, siguiendo el trabajo señero de Ángel Rama y Adolfo Prieto. Obras contemporáneas como *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria* de Josefina Ludmer (2012) [1988] y *Letras Gauchas* de Julio Schwartzman (2013) son ejemplo de ello. La gauchesca es un tipo de escritura que vive en tensión constante, y ambos autores las recorren con habilidad, explorando su existencia entre lo oral y lo escrito, lo culto y lo popular, lo urbano y lo rural.

Desde los departamentos de Historia, la prensa ha sido considerada primordialmente en su faz política, y el rol que desempeñó en la configuración de una «esfera pública». Siguiendo la influyente obra de Habermas y el posterior el trabajo para América Latina de Guerra, los impresos han sido considerada desde entonces fuente insoslayable, comprendida como dispositivo central de la vida política, de los procesos de movilización civil (Sabato, 1998) y como «foro de facciones» (Alonso, 2004). Además de las citadas Hilda Sabato y Paula Alonso se destacan las obras de Alberto Lettieri, Jorge Myers, Elías Palti y Fabio Wasserman.

Quizás más cercanos aún a la historia de la lectura se encuentren los estudios de la vida privada, las sociabilidades y lo íntimo. Principalmente

en el volumen de la *Historia de la vida privada en la Argentina* acerca del siglo XIX, dirigido por Fernando Devoto y Marta Madero, y en la obra de Pilar González Bernaldo de Quiros, es posible leer que el análisis de los impresos desde su funcionalidad en el ámbito público no agota sus posibilidades. Asimismo, su reconstrucción del habitar de los espacios íntimos y de entretenimiento público ponen en contexto la circulación de lo impreso y la performatividad de las prácticas lectoras. No sólo los hombres adultos, ilustrados y activamente políticos leían, ni todos lo hacían con las mismas destrezas o del mismo modo.

Por último, Víctor Goldgel (2013) propone vincular la emergencia de “lo nuevo”, con objetos tan diversos como la moda, la literatura y la prensa en la primera mitad del XIX americano; se detiene con estas vistas sobre publicaciones periódicas latinoamericanas en un apartado, demostrando un rango de análisis aún no explorado. Según el interrogante que se formula este autor, se trata de

...aspectos de la historia cultural que se vuelven visibles cuando dejamos de darnos por satisfechos con pensar el periódico en términos de su vínculo con la formación del Estado, de las esferas públicas o de las identidades nacionales [...] y cuando lo concebimos como una plataforma ideal para reflexionar acerca de las transformaciones culturales que le dieron a lo nuevo su sentido moderno (Goldgel, 2013, pp.51 y 52).

Como se puede ver por este desarrollo y las fechas de la bibliografía editada, estamos viviendo desde el comienzo del siglo XXI un interés revitalizado sobre la lectura y la historia de esta práctica en nuestro país. Esto ha producido una biblioteca en constante crecimiento. Aun así, muchas áreas de la historia de la lectura del siglo XIX permanecen a oscuras, especialmente el período de mediados de siglo, en el cual justamente fue despertado el público lector argentino y cuya primera manifestación fue la «periodicomanía» de los 1870 y el éxito inédito del *Martín Fierro* de José Hernández. Aprendiendo acerca de cómo se difundió la práctica lectora originalmente, tendremos más herramientas y marcos de referencia para poder afrontar el desafío de comprender cómo se desarrollará en el futuro.

EL CONCEPTO BIBLIOTECA POPULAR

Al examinar los estudios existentes sobre la historia de las bibliotecas populares en Argentina surgen dos referencias claras. Una remite al siglo XIX, en especial a la figura política e intelectual de Domingo Faustino

Sarmiento y, en menor medida, a la vida institucional de los establecimientos formados y dirigidos por distintas agrupaciones de la sociedad civil. La otra conduce a la primera mitad del siglo xx, e incluye tanto a las asociaciones organizadas en los barrios metropolitanos y las ciudades intermedias del interior del país, como aquellas alentadas desde ámbitos externos a la comunidad vecinal, ya se trate del partido socialista, la liga patriótica o el propio Estado. Este conjunto bibliográfico es fragmentario. La mayoría de los artículos disponibles no tienen como foco de atención la historia de estas bibliotecas, sino que las conciben en el contexto de otros objetos de conocimiento de mayor tradición o envergadura historiográfica, como la cuestión de la sociabilidad o la constitución de las identidades populares. Sin embargo, en los últimos años pueden localizarse estudios concretos y proyectos en curso que tienen como objetivo la comprensión de este fenómeno sociocultural que cruzó, reunió y distanció a distintos sectores, entidades, ideologías e imaginarios, bajo la atracción poderosa de la biblioteca, en sus fases materiales y simbólicas.

Aun considerando la dispersión bibliográfica citada, es posible recuperar y tamizar las constataciones centrales de los estudios sobre bibliotecas populares para elaborar una propuesta que contenga las dimensiones analíticas del concepto «biblioteca popular».

En primer término, entonces, debe comprenderse esta noción como la manifestación de una articulación entre el poder estructurante del Estado y el espacio creativo de la sociedad civil. Esta fase involucra el análisis de las formaciones discursivas, las estrategias que desplegaron los funcionarios a cargo de interpretar y administrar el sistema y, por último, las habilidades que utilizaron las asociaciones para sacar el mejor rédito de las disposiciones establecidas. La relación entre lo estatal y lo social asociativo tuvo diferentes niveles de vinculación a lo largo del tiempo: acuerdos fructíferos, tensiones con resultados dispares, vigilancia gubernamental de variable intensidad —según el cariz democrático, autoritario o abiertamente totalitario del partido o coalición de gobierno— e indiferencia mutua. Pero aun cuando el Estado desdeñó completamente la atención de las bibliotecas populares entre sus políticas de la lectura —o ignoró a muchas de ellas por motivos ideológicos, partidarios o de otro tipo—, su presencia o ausencia constituye un factor clave para comprender globalmente esta historia.

Plantear el concepto de biblioteca popular remite a un segundo elemento, que puede identificarse con las ideas y las personalidades de diferentes niveles que hicieron posible su diseño intelectual. Sarmiento es emblemático y, por lo mismo, útil para ejemplificar esta dimensión.

Sus intervenciones pueden disponerse en tres planos: de un lado, en su coherencia interna y en el sistema de vinculaciones que mantuvo con otras producciones discursivas pretéritas y contemporáneas a las suyas; de otro, en relación sincrónica con las apropiaciones que hicieron de sus textos, tanto por parte de aquellos que se encargaron de administrar desde el Estado una política de la lectura (entendida en términos materiales y simbólicos), como de esos otros lectores anónimos que se ocuparon de resignificar y hacer práctico ese saber mediante la organización de una biblioteca popular. Finalmente, una dimensión diacrónica, imprescindible para restituir el juego de apropiaciones que se hicieron de sus ideas en el tiempo, en figuras públicas como Ángel Giménez o Juan Pablo Echagüe, o en personajes menos visibles. De la extensión de este esquema metodológico hacia otros autores más o menos encumbrados depende, en gran medida, la restitución de los discursos sobre las bibliotecas populares y sus reutilizaciones en las bibliotecas, ya sea para delinear el espíritu de las entidades, definir los lineamientos de lectura u organizar el material bibliográfico y establecer las pautas de uso.

Por último, la noción de biblioteca popular requiere pensar en un lugar practicado por lectores y bibliotecarios. Se trata de extender un análisis sobre los modos en que estos actores, inscriptos en sistemas peculiares de sociabilidad, le dieron sentido a las instituciones a través de sus decisiones, rituales, tiempos, costumbres, criterios y reglas. Este principio exige una distinción básica entre los lectores que tomaron el compromiso de conducir los destinos institucionales y aquellos que, en general, pueden considerarse como público. Esta divergencia resulta clave para comprender la construcción misma del dispositivo biblioteca, cuya especificidad hay que buscarla, inicialmente, en tres módulos: la disposición del lugar y su mantenimiento, la selección de las obras y la circulación social de la lectura.

En primer término, una biblioteca remite a una espacialidad, aunque con diferentes marcos de estabilidad temporal. Por lo tanto, el ambiente sobre el cual se construye condensa objetos y rutinas que la ordenan, y estructuran el hacer de quienes la transitan. La infraestructura y el mobiliario, así como también las tareas que definen sus usos, no solo hacen posible la conversión material de una habitación cualquiera en un recinto de lectura; también se expresan como variación simbólica de los sentidos estéticos que les atribuyeron a estos establecimientos quienes se ocuparon de su gestión. Esta construcción contribuye a fijar los vínculos entre la biblioteca y un público. El segundo elemento analítico de este eje puede formularse mediante una pregunta básica, esencial:

¿cuáles fueron y cómo fueron seleccionadas las obras que integraron las colecciones? Para obtener algunas respuestas, cabría replegarse sobre el juego de inquietudes que se verifican entre el nivel individual, donde cada lector se ve obligado a procesar un juicio con lo que tiene de capital cultural, lo que desea y la demostración de cierta legitimidad ante los demás, y la fase grupal, en la que se extiende la necesidad de conciliar las posiciones que los asociados manifiestan con relación al mercado de valoraciones literarias, políticas, morales y filosóficas. La resultante expone un modo singular de ver el mundo de la lectura e intervenir en él. Como sucede con la construcción del espacio, la cristalización de un catálogo participa en la definición de los vínculos entre la biblioteca y la comunidad de lectores. Estos dos primeros aspectos constituyen el tercer módulo en cuestión, esto es, las estructuras elementales de la circulación social de la lectura y, más allá de ella, de la selección y la amplificación de los mensajes culturales que circularon en cada época, mediante la forma y el sentido que profiere el libro o a través de la incorporación de contenidos audiovisuales, como la asimilación del cine a la cartera de actividades. Sea que esta circulación remita a instancias individuales de apropiación —como sucede, en efecto, con el préstamo domiciliario de las obras o con la lectura en las salas silenciosas— o a la multiplicación de los encuentros donde se construyen procesos interpretativos colectivos —típico de las veladas literarias o de las proyecciones cinematográficas—, la biblioteca funge como un pivote que asocia de forma tangible una propuesta cultural con un lectorado singular.

Estos puntos de partida no invalidan la incorporación de tópicos que, por lo demás, necesitan una comprensión de larga duración —como el espacio de vacancia formado por el cruce entre problemáticas de género y bibliotecas—. No obstante, este inicio puede contribuir a subsanar los olvidos que aún mantienen los estudios históricos sobre las bibliotecas populares en la Argentina que, como se podrá percibir, no solo se refieren a los avatares de unas instituciones de otros tiempos, sino a una indagación de carácter social, cultural y antropológica, de cuyos resultados depende la formación de un pensamiento histórico para el campo que no es pura historia, sino un modo crítico de pensar.

CONCLUSIONES

¿Qué es la lectura? ¿Cómo se la estudia? ¿Para qué leen y cómo leen los lectores? ¿Cómo circula la palabra escrita y cuál es su relación con la oralidad?

¿Por qué importa conocer las prácticas de lectura en su historicidad?

La historia de la lectura y sus investigaciones, sus cruces con disciplinas afines como la sociología de la lectura y la etnografía escolar propician respuestas a estas preguntas y un punto de vista promisorio para el estudio de las prácticas de lectura en la cotidianeidad de los diversos espacios en donde éstas se desarrollan.

Lugares comunes que se pueden escuchar en los medios y en los pasillos de escuelas hablan de cómo «los chicos no leen», «se lee menos que antes». Esto, quizá cierto si nos apegamos al formato libro o impreso, es absolutamente errado si ampliamos el alcance de la definición. Más bien al contrario, se podría argumentar que los adolescentes y jóvenes quizás sean la generación más permeada por texto en la historia, interactuando con él en cada sitio web, cada mensaje personal enviado por celular, los subtítulos de cada película y serie extranjera que descargan de internet.

Es por ello que es imperativo llevar el estudio histórico y sociológico de la práctica de la lectura a las aulas, permitiéndonos comprender mejor cómo la practicamos nosotros mismos, como docentes e incluso como lectores. La mirada histórica es particularmente relevante en esta coyuntura, donde la digitalización y ubicuidad del texto sea probablemente el salto de régimen tipográfico más grande desde la transición del rollo al *codex* (Chartier, 1994). Solo en perspectiva podremos dimensionar los cambios y permanencias en las prácticas lectoras y las políticas bibliotecarias y de la lectura, para conocer el correlato en las decisiones pedagógicas y analizar aciertos y contradicciones en relación al modo como los estudiantes entran en contacto con diversos mundos textuales.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Apartado I

Bahloul, J. (2002). *Lecturas precarias. Estudio sociológico sobre los «poco lectores»*. México: FCE.

Chartier, A-M (2004). *Enseñar a leer y escribir. Una aproximación histórica*. México: FCE.

Chartier, A-M. y Hébrard, J. (1994). *Discursos sobre la lectura*. (1880 – 1980). Barcelona: Gedisa.

Chartier, R. (1992). Comunidades de lectores. En: R.Chartier. *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII* (pp. 23 – 40). Barcelona: Gedisa,

Chartier, R. (1994). De la historia del libro a la historia de la lectura. En: R. Chartier. *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna* (pp. 13 – 40). Madrid: Alianza.

Cuesta, C. (2006). *Discutir sentidos. La lectura literaria en la escuela*. Buenos Aires: El Zorzal.

Cuesta, V. (2012). *Historia, narrativa y enseñanza. Cinco estudios de caso*. Saarbrücken: EAE.

Darnton, R. (1993). Historia de la lectura. En: Burke, P. (ed.) *Formas de hacer historia* (pp. 177 – 208). Madrid: Alianza,

Griswold, W. et al (2005). Reading and the reading class in the twenty-first Century. *Annual Review of Sociology* 31: 127 – 143.

Lahire, B. (2004). *Sociología de la lectura*. Barcelona: Gedisa.

Lyons, M. (2012). *Historia de la Lectura y la Escritura en el mundo occidental*. Buenos Aires: Editoras del Calderón.

Jung, N. M. (2007). Letramento: uma concepção de leitura e escrita como prática social. En: Bagno, M. et al. *Práticas de letramento no ensino leitura, escrita e discurso* (pp. 79 – 106). São Paulo, Ponta Grossa: Parábola Editorial,.

Mckenzie, D. F. (2005). *Bibliografía y sociología de los textos*. Madrid: Akal.

Rockwell, E. (2000). La otra diversidad: historias múltiples de apropiación de la escritura. DiversCité Langues. *Ligne* 5. Disponible en: <http://www.telug.quebec.ca/diverscite/SecArtic/Arts/2000/rockwell/txt.htm>.

Rockwell, E. (2005). La lectura como práctica cultural: conceptos para el estudio de los libros escolares. *Lulú Coquette. Revista de Didáctica de la Lengua y la Literatura* 3(3): 12 – 31.

Sawaya, S. y Cuesta, C. (coord.) (2016). *Lectura y escritura como prácticas culturales. La investigación y sus contribuciones para la formación docente*. La Plata: Edulp. Disponible en: <https://bit.ly/2roDqWx>

Silva, R. (2003). La lectura: una práctica cultural. Debate entre Pierre Bourdieu y Roger Chartier. *Revista Sociedad y Economía* 4: 161-175.

Apartado II

Alonso, P. (2004). Introducción. En: Alonso, P. (comp.). *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los estados nacionales en América Latina, 1820-1920*. Buenos Aires: FCE.

Arrieta, R. A. (1955). *La ciudad y los libros. Excursión bibliográfica al pasado porteño*. Buenos Aires: Librería del Colegio.

Batticuore, G. (2005). *La mujer romántica: Lectoras, autoras y escritores en la Argentina: 1830-1870*. Buenos Aires: Edhasa.

Bocco, A. (2004). *Literatura y periodismo 1830-1861. Tensiones e interpenetraciones en la conformación de la literatura argentina*. Tesis doctoral.

Córdoba: Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Córdoba.

Buonocore, D. (1947). *Libreros, editores e impresores de Buenos Aires. Esbozo para una historia del libro argentino*. Buenos Aires: Bowker.

Chartier, R. (1994). *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*. Madrid: Alianza.

Darnton, R. (1993). Historia de la lectura. En: Burke, Peter (ed.). *Formas de hacer la historia* (pp. 177 – 208). Madrid: Alianza,

De Sagastizábal, L. (1995). *La edición de libros en la Argentina. Una empresa de cultura*. Buenos Aires: Eudeba.

Espósito, F. (2009). *La emergencia de la novela en Argentina. La prensa, la ciudad y los lectores (1880-1890)*. La Plata: Al Margen.

Jauss, H. R. (1981). Estética de la recepción y comunicación literaria. *Punto de Vista* 4 (12): 34-40.

Laera, A. (2004). *El tiempo vacío de la ficción. Las novelas argentinas de Eduardo Gutiérrez y Eugenio Cambaceres*. Buenos Aires: FCE.

Ludmer, J. (2012) [1988]. *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.

Molina, H. (2011). *Como crecen los hongos. La novela argentina entre 1838 y 1872*. Buenos Aires: Teseo.

Parada, A. (2005). *El orden y la memoria en la librería Duportail hermanos: Un catálogo porteño de 1829*. Buenos Aires: UBA.

Parada, A. (2007). *Cuando los lectores nos susurran. Libros, lecturas, bibliotecas, sociedad y prácticas editoriales en la Argentina*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

Poblete, J. (2000). Lectura de la sociabilidad y sociabilidad de la lectura: La novela y las costumbres nacionales en el siglo XIX. *Revista De Crítica Literaria Latinoamericana* 26(52): 11-34.

Román, C. (2017). *Prensa, política y cultura visual. El Mosquito (Buenos Aires, 1863-1893)*. Buenos Aires: Ampersand.

Romano, E. (2004). *Revolución en la lectura. El discurso periodístico-literario de las primeras revistas ilustradas rioplatenses*. Buenos Aires: Catálogos/ El Calafate Editores.

Schwartzman, J. (2013). *Letras Gauchas*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.

Sorá, G. (2009) [2001]. El libro y la edición en Argentina. Libros para todos y modelo hispanoamericano. *Políticas de la Memoria* 10/11/12: 125–142.

Szir, S. (2010). *De la cultura impresa a la cultura de lo visible. Las publicaciones periódicas ilustradas en Buenos Aires en el Siglo XIX*. Colección Biblioteca Nacional Estudios 18 (36).

Apartado III

Batticuore, G. (2010). Libros, bibliotecas y lectores en las encrucijadas del progreso. Laera, A. (dir.) *Historia Crítica de la Literatura Argentina. El brote de los géneros* (pp. 413–440). Buenos Aires: Emecé,

Bossie, F. (2009). Libros, bibliotecas y bibliotecarios: una cuestión de memoria. *Información, Cultura y Sociedad* 20: 13–40.

Costa, M. E. (2009). Formación bibliotecaria y difusión de la labor bibliográfica durante la gestión del ministro Avanza: el caso de la Revista Biblioteca. Panella, C. (comp.) *El gobierno de Domingo A. Mercante en Buenos Aires (1946-1952). Un caso de peronismo provincial* (pp. 176–190). La Plata: Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires «Dr. Ricardo Levene».

Coria, M. (2016). Las políticas de lectura de la Comisión Nacional Protectora de la Bibliotecas Populares. Ponencia presentada en las VI Jornadas de Graduados e Investigadores en Formación. La Plata: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.

Fiebelkorn, A. (2016). Sociabilidades platenses en movimiento: bibliotecas populares frente al desafío de la cultura de masas. Ponencia presentada en las VI Jornadas de Graduados e Investigadores en Formación. La Plata: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.

Fiorucci, F. (2009). La cultura, el libro y la lectura bajo el peronismo: el caso de la Comisión de Bibliotecas Populares. *Desarrollo Económico*, 48 (192): 543-556.

García, N. (2013). Archivos y memorias. El caso «Vigil» y el corpus (re) aparecido. *Corpus, archivos virtuales de la alteridad americana* 3 (2).

Gutiérrez, L. y Romero, L.A. (1995). *Sectores populares, cultura y política: Buenos Aires en la entreguerra*. Buenos Aires: Sudamericana.

Horowitz, J. (2016). Finding a Place to Read: Popular Libraries in Greater Buenos Aires before 1945. Ponencia presentada en el Seminario de discusión del Programa de Estudios sobre Saberes de Estado y Elites Estatales. Buenos Aires, Centro de Investigaciones Sociales (CIS).

Parada, A. (2009). *Los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires: antecedentes, prácticas, gestión y pensamiento bibliotecario durante la Revolución de Mayo*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Pasolini, R. (1997). Entre la evasión y el humanismo. Lecturas, lectores y cultura de los sectores populares: La Biblioteca Juan B. Justo de Tandil, 1928-1945. *Anuario IEHS* 12: 373–401.

Perrot-Dessaux, C. (2014). Les bibliothèques populaires argentines, ou quand la promotion de la lecture est prise en charge par la «communauté». Sandras, A. (dir.), *Des bibliothèques populaires à la lecture publique* (pp. 373–394). Villeurbanne: Presses de l'Enssib.

Planas, J. (2017). *Libros, lectores y sociabilidades de lectura. Una historia de los orígenes de las bibliotecas populares en Argentina*. Buenos Aires: Amersand.

Prieto, A. (1988). *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Quiroga, N. (2003). Lectura y política. Los lectores de la biblioteca popular Juventud Moderada de Mar del Plata (fines de los años treinta y principio de los cuarenta). *Anuario IEHS* 18: 449-474.

Roldán, D. (2015). *La invención de las masas: ciudad, corporalidades y culturas. Rosario, 1910-1945*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata.

Sabor Riera, M. A. (1974). *Contribución al estudio histórico del desarrollo de los servicios bibliotecarios de la Argentina en el siglo XIX*. Resistencia: Universidad Nacional del Nordeste, Dirección de Bibliotecas.

Sik, E. (2016). La creación de bibliotecas durante el apogeo del anarquismo argentino (1898-1905). Ponencia presentada en el I Congreso Internacional de Investigadorxs sobre Anarquismo. Buenos Aires: CEDINCI.

Tasso, A. (2013). La biblioteca Sarmiento de Santiago del Estero (1880-1915). Socorros mutuos, libros y lectores. *Políticas de la Memoria* 14: 105-109.

Tripaldi, N. (1997). Origen e inserción de las bibliotecas obreras en el entorno bibliotecario argentino: fines del siglo XIX y primer tercio del siglo XX. *Librería: Correo de las Bibliotecas* 1 (1): 22-37.

Vignoli, M. (2015). *Sociabilidad y cultura política. La sociedad Sarmiento de Tucumán (1880-1914)*. Rosario: Prohistoria.

VIRGINIA CUESTA es Profesora en Historia, Licenciada en Historia y Doctora en Ciencias de la Educación por la Universidad Nacional de La Plata. Se desempeña como profesora-investigadora en las áreas de Didáctica de la Historia e Historia de la Lectura. Ha publicado diversos artículos e investigaciones sobre prácticas de lectura y escritura en contextos escolares y sobre enseñanza de la Historia y la Literatura. Es miembro de los centros de estudios CEIL – IdHICS – FAHCE – CONICET.

DIEGO LABRA es profesor en Historia y doctorando en Ciencias Sociales por la UNLP. Ha desempeñado su actividad de investigación en el marco de proyectos de incentivos tanto en la UNLP como en la UNTREF. Recientemente su trabajo ha sido financiado por diversos organismos, realizando una estadía en la Universidad de Rostock, Alemania, de la mano del DAAD, y siéndole otorgada una beca de finalización de doctorado por el CONICET.

JAVIER PLANAS es licenciado en Bibliotecología y Ciencia de la Información, magíster y doctor en Ciencias Sociales por la Universidad Nacional de La Plata. En la actualidad, se desempeña como Profesor Adjunto en las cátedras de Historia del Libro y de las Bibliotecas y Tecnología y Medios de Comunicación (UNLP), y como Director de Investigaciones de la Biblioteca Nacional. Fue becario doctoral y posdoctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.